

chas batallas por mar y por tierra, y obligó al rey de Granada á que le entregase la plaza de Algeciras como una llave propia para darle entrada en los Estados de aquel vecino inquieto, siempre que le conviniere (a).

(a) Al ampliar las noticias que acerca de la memorable batalla del Salado da nuestro autor, resumiremos los principales hechos de esta nueva guerra contra los moros, segun ofrecimos en la nota anterior.

Fuese por traicion, fuese al menos por descuido del gobernador Vasco Perez de Meyra, ello es que el rey moro de Granada quitó por sorpresa á los cristianos la plaza de Gibraltar, y recobró además á Marbella, Ronda y Algeciras, que poco antes le habian tomado los africanos merinitas. Pero el nuevo rey de Fez y de Marruecos Abul-Hassan (Alboacen) pasó con sus africanos el Estrecho y se apoderó de Gibraltar. Sintiólo el granadino, pero no atreviéndose á romper con el africano disimuló y hasta le escribió aparentando cederle gustoso aquella plaza, y luego fué en su socorro contra los cristianos. Fué el caso que conociendo estos la importancia de aquella plaza la pusieron estrecho cerco, y apuradas las provisiones de los moros que la defendian, vieronse estos en el mayor apuro y sin esperanza de recibir recursos. Acudió en su socorro el granadino y logró vencer á los nuestros; pero le costó caro su triunfo; pues haciendo luego alarde de él diciendo á los gefes africanos que los cristianos, como buenos caballeros que eran, no habian querido pelear con ellos porque los andaluces tenian á mengua guerrear con africanos, gente hambrienta y mezquina, irritó con esto á los de África, quienes proyectaron asesinarle. Al efecto espionaron sus pasos, y cogiéndole una vez subiendo un monte por un paraje estrecho donde no podia revolver su caballo, le pasaron á lanzadas y le dejaron abandonado y desnudo en el mismo monte. Sabida su muerte los wazires y jeques eligieron por rey de Granada á su hermano Yussuf Abul Hagiag, el cual envió cartas y mensajeros á Sevilla (1333) para negociar paces con los cristianos y se ajustó una tregua de cuatro años con el rey don Alfonso bajo condiciones favorables á este. Segun las crónicas cristianas quien vino de Africa y tomó á Gibraltar fué Abdel Melik (Abomelique) hijo de Abul Hassan (Alboacen) y aaden que él tambien juntamente con el nuevo rey de Granada firmó dicha tregua con don Alfonso.

Los moros entretanto continuaban haciendo grandes aprestos militares, al menos ese era el rumor que desde la primavera de 1339 cundia en España, pues se decia que el rey africano Alboacen ó sea Abul Hassan, proyectaba una irrupcion como la de los almohávides ó como las de los Almohades para de nuevo unir al yugo mahometano toda España. Estos rumores sirvieron grandemente para que los príncipes españoles que andaban en guerra entre sí ajustasen las paces, en lo cual trabajó muy mucho la Santa Sede enviando al efecto Benedicto XII como legado al obispo de Rhodéz para que en union del arzobispo de Reims que se hallaba en Sevilla trabajasen en su nombre para reconciliar al rey de Castilla con el de Portugal. Unidos pues los reyes de

A su vez el Papa Benedicto sometió á los de Bolonia por unos medios no menos eficaces, aunque mucho mas análogos al ministerio y al carácter pacifico de que es-

Castilla, Aragon y Portugal para resistir al enemigo comun, de quien se decia comenzaria la guerra por Valencia, para que lo primero que se rescatarea fuera lo último que se habia perdido, Alfonso XI de Castilla reunió sus Cortes en Burgos á fin de obtener algunos subsidios; á su vez el aragonés consiguió del Papa le concediese, segun costumbre en tales casos, el diezmo de las rentas eclesiásticas, y ambos reyes convinieron en que para impedir el desembarco de los musulmanes enviaria cada cual una escuadra al Estrecho, constando la aragonesa de la mitad de naves que la castellana, y dándose el mando de esta á Jofre de Tenorio.—Salió, pues, el primero de Sevilla el rey Alfonso con muchos caballeros y un buen ejército acompañándole el célebre arzobispo de Toledo don Gil de Albornoz (que sucedió en esta dignidad á su tio don Jimeno de Luna y que fundó el célebre colegio de Bolonia con cuatro capellanes y treinta colegiales, todos españoles), y después de recorrer varias poblaciones en Andalucía, que los moros á su tránsito solian dejar desiertas, regresó á Sevilla cargado de un inmenso botin, en tanto que la armada aragonesa, compuesta de doce galeras al mando del almirante Gilabert de Cruyllas (Henrion le llama Guilberto) llegaba al estrecho y se unia á la armada castellana. Era el otoño de 1339. Las escuadras combinadas permanecieron todo el invierno en el Estrecho; pero no les fué posible impedir continuaran desembarcando africanos. Como Alboacen continuaba haciendo inmensos preparativos en Africa, el rey don Alfonso vino á Madrid, juntó Cortes, pidió subsidios de hombres y dinero que los castellanos le otorgaron gustosos, envió una embajada á Aviñón á solicitar del Papa las gracias é indulgencias de cruzada á los que concudiesen á esta guerra, y mandó que para el mes de marzo de 1340 estuviesen dispuestos los contingentes.

A este tiempo el príncipe moro Abdelmelik ó Abomelique, que habia invertado en Algeciras, intentó cojer por sorpresa los almacenes que los cristianos tenían en Lebrija. Los rebaños que en esta algaría iban recogiendo por las aldeas los musulmanes eran conducidos por un fuerte destacamento á Algeciras, cuando avisados los frontereros cristianos por diligencia de Fernando Portocarrero, alcaide de Tarifa, dieron sobre ellos impetuosamente en un valle, rescataron los ganados, mataron casi todos los conductores, cogieron sus caballos, y se volvieron á Arcos cargados de botin y de despojos. Ignorante de este descalabro Abomelique, que hacia alarde de no temer á los cristianos, y que con el grueso de sus tropas se habia quedado en los campos de Jerez, avanzaba lentamente en busca del destacamento de Lebrija, cuando un cuerpo de quinientos berberiscos, que iba delante, se vió sorprendido por los cristianos que al grito de ¡Santiago! ¡Santiago! los arremetieron denodadamente, cayendo muerto el caballo y acribillado de heridas el caudillo musulman Aliatar. Como las demas tropas musulmanas dormian todavia en sus tiendas, muchos moros fueron alcanceados antes de despertar, otros medio despiertos,

taqa revestido. Envióles al principio un internuncio para exhortarlos paternalmente á que conociesen y enmendasen su falta. Mas no siendo suficientes las demostraciones de benevolencia y de dulzura para cal-

mar la fermentacion que continuaba agitando los ánimos, revocó por una bula formal todos los privilegios de la universidad de Bolonia, y mandó, sopena de excomunion, asi á los estudiantes como á los profesores se

y los que pudieron escapar huyeron á Algeciras y á los montes con tal precipitacion que se olvidaron quedaba allí abandonado su gefe Abomelique. Procuró este esconderse como pudo, pero un cristiano que lo vió, aunque sin conocer fuera el gefe musulman, le dió dos lanzadas, y allí herido y desangrándose «oyo sed», dice la Crónica, «et llegó al arroyo por beber del agua, et morio allí.» La muerte del hijo de Alboacen llenó de amargura, dicen los historiadores árabes, á todos los musulmes, y de despecho á los reyes de Fez y de Granada. Escribió el de Fez á todos los alcaides de Africa para que le enviasen nuevas tropas, y el de Granada hizo llamamiento de sus gentes con ánimo de tomar venganza cumplida. (Conde, part. 4, c. 21). Por desgracia la alegría que este triunfo causó en los cristianos vióse muy pronto turbada por la muerte del almirante de la flota aragonesa, Gilabert de Cruyllas. Este intrépido marino cometió la indiscrecion de hacer un desembarco en las costas de Algeciras, y acometido, acosado y envuelto por las tropas musulmanas, cayó travessado de una flecha. Privados así de su gefe los de la armada aragonesa se retiraron con sus galeras á Cataluña, quedando sola la escuadra de Castilla para guardar el Estrecho (febrero, 1340). Esta tambien sufrió un terrible descalabro. El rey de Marruecos deseaba tomar ruidosa venganza de la muerte de su hijo Abomelique. Así es que se presentó en las aguas de Algeciras la flota africana en número de doscientas cincuenta velas con las correspondientes tropas de desembarque. Mal podia oponerse á ella el almirante castellano que solo contaba con veinte y siete galeras en mal estado, seis naves gruesas y algunos pocos barcos de transporte. Sin embargo, como supo se le miraba como sospechoso y su esposa le escribió desde Sevilla los rumores calumniosos que de él circulaban, picóse en su honor y sin consultar con nadie dió orden de combatir. Obedecieronle sus tropas, aunque estaban seguras de lo inútil de sus esfuerzos. Con efecto, casi todas las galeras castellanas fueron echadas á pique; el almirante Jofre defendiase valientemente en su capitana contra cuatro galeras de Africa. Los castellanos que iban en un navio de alto bordo que acompañaba la galera del almirante creyeron hacerle un servicio saltando á ella para defenderle combatiendo á su lado; pero los enemigos apoderados de aquel navio acribillaban desde allí á los cristianos con una lluvia de flechas, y sus mejores y mas fieles guerreros, sus parientes y amigos iban cayendo á los pies del valeroso Jofre. Este, abrazado con el estandarte real, se defendió sin cesar hasta que los moros le cortaron una pierna y luego la cabeza (4 de abril de 1340).

La triste noticia de esta derrota recibida el rey Alfonso en Cabezas de San Juan el Domingo de Ramos. Por su parte el Papa Benedicto XII le escribió una sentida carta, firmada en Aviñón á 13 de las calendas de julio de 1340, en la que no vacilaba, dice el Sr. Lafuente, en atribuir el desastre á lo enojado

que tenía á Dios, así por el inhumano suplicio del gran maestro de Alcántara, como principalmente por sus impúdicos amores con la Leonor de Guzman. «Examina, le decia, tu conciencia y mira si no te habla nada acerca de esa concubina á que hace tanto tiempo estás demasadamente apegado en detrimento de tu salvacion y de tu gloria... Combate tu pasion, hazte á tí mismo una guerra incesante y animada... etc.»

Estas representaciones y estos reveses parece abrieron los ojos á Alfonso, que recobrando nuevos bríos y mostrándose político y guerrero, adoptó con la mayor actividad las disposiciones mas acertadas. Escribió á la reina doña María que con su hijo don Pedro vivia en Sevilla y como recluida en un monasterio, diciéndola escribiese á su padre el rey Alfonso IV de Portugal viniese en socorro del de Castilla. Hizolo así la reina olvidando lo agraviado que le tenia su marido y obtuvo la contestase el de Portugal que muy luego llegaría la escuadra portuguesa. Al mismo tiempo envió á Génova á Juan Martinez de Leiva, el cual ajustó á sueldo quince galeras á precio de 800 florines de oro mensuales cada una, y de 1500 la capitana, con el almirante Gil de Bocanegra, hermano de Simon Bocanegra, primer dux de aquella república. Leiva á su regreso pasó por Aviñón y obtuvo bula con las gracias de Cruzada durante tres meses, y luego negoció con Pedro IV (el Ceremonioso) de Aragon, el cual ofreció enviar doce galeras. Alfonso además mandó reparar cuantas naves se encontraban desarmadas en los puertos de Andalucía, hizo trasportar las pocas que existian en Galicia y Asturias, y con las cinco que habian podido salvarse del desastre de Gibraltar compuso una pequeña flotilla que á las órdenes de Frey don Alfonso Ortiz de Calderon, prior de San Juan, destinó á vigilar la costa de Tarifa.

Tampoco se descuidaron los africanos, y aprovechándose de no haber siquiera una nave cristiana que les impidiera el desembarco, habia venido á España un numerosísimo ejército, que el que menos hace subir á doscientos mil hombres; entre ellos setenta mil de caballería, y en sentir de muchos llegaban las gentes que vinieron de Africa á cuatrocientos ó seiscientos mil, lo cual no es exagerado, dice el señor Lafuente, si se atiende á que además de los guerreros desembarcaron multitud de familias con la esperanza y casi seguridad de que iban á posesionarse de toda la península con la misma facilidad que en los tiempos de Muza y de Tarik. El rey Abul Hassen (Alboacen) pasó por fin á España en el mes de setiembre, y Yussuf Abul Hagiag el de Granada fué con no escasa hueste á incorporárselo en Algeciras.

Por fortuna para los cristianos, en vez de penetrar la morisma en lo interior de España, se detuvieron á cercar á Tarifa combatiendo con máquinas é ingenios. Defendiéronla con valor los sitiados al mando de Juan Alfonso Benavides, á pesar de que vieron irse á pique empujada por una deshecha casi toda la

retirasen de ella (1). Obedecieronle: y como con este golpe se privaba á aquella ciudad de casi todo su esplendor, y se cegaba el manantial de sus riquezas, lo que no tardaron en observar los que la gobernaban, imploraron

escuadrilla cristiana que iba en su auxilio mandada por el prior de San Juan. Don Alfonso, cuando suyo esta nueva desgracia, reunió su consejo, y dispuso el rey se socorriese á Tarifa, y así envió á decir á los de esta plaza que se sosturiesen á todo trance. Arreglado al rey con el de Portugal vino este en persona á la guerra y ambos Alfonsos salieron de Sevilla con sus tropas el 20 de octubre. Ocho dias tardaron en la travesía, al cabo de los cuales acamparon las tropas confederadas en un lugar á dos leguas de Tarifa llamado la Peña del Ciervo. Al propio tiempo se dejaban ver en el Estrecho las velas de Aragón que costeadas por el rey de Castilla guiaba el Almirante don Ramon de Moncada, así como tres galeras y doce naves que comandaba el prior de San Juan.

Al aproximarse los ejércitos cristianos levantaron los moros el cerco y asentaron los de África y los de Granada separadamente su campo para esperarlos, confiados en su crecido número tres ó cuatro veces mayor que el de los cristianos; estos á su vez se propusieron por plan de campaña que el rey de Castilla atacaría á Marruecos y el de Portugal al de Granada. No teniendo el portugués sino mil caballos, dió el castellano tres mil de los suyos para combatir al de Granada que contaba siete mil, y mandó á los almirantes de las flotas que desembarcaran con toda su gente y atacaran por el flanco á los africanos, y lo mismo previno á la guarnición de Tarifa. Separaba á los ejércitos un riachuelo conocido con el nombre de el Salado, que corriendo de Norte á Sur desemboca en el mar y que ha dado el nombre á esta memorable batalla.

El lunes 30 de octubre de 1340, antes de romper el día, celebró el arzobispo de Toledo la misa en el pabellon Real, en la cual comulgó el rey y seguidamente todas las tropas, preparándose para la batalla como verdaderos y fervorosos cristianos. Odeada aquella, don Juan Manuel que mandaba la vanguardia y habia recibido orden de atravesar el rio, lo rehusó en términos que hizo sospechar de su lealtad al rey; pero entonces Garcilaso y su hermano Gonzalo pasaron intrépidamente el rio por un puentecillo de madera, seguidos de un cuerpo de ochocientos á mil hombres, con los cuales atacaron tan bizarramente una hueste de mas de dos mil quinientos ginetes africanos, que los hicieron cejar. Volvieron sobre sí los berberiscos; mas los castellanos se mantuvieron firmes conservando libre el paso del puente á un refuerzo que el rey de Castilla enviaba en socorro de los Lamos, de los cuales uno estaba ya gravemente herido. Tambien el maestre de Santiago, don Alfonso Melendez de Guzman, se equivocaba pasar el rio, como don Juan Nuñez de Lara, hasta que llegó el rey y les hizo avanzar y mezclarse en la pelea con otros mas esforzados ó mas leales. Los que llevaban las banderas, marchando por entre unos otros, dieron con la tienda de Alboacen, donde estaban sus mujeres custodiadas por un cuerpo de zenetas. Sorprendidos estos, hicieron un movimiento de retro-

(1) Vill. l. 1, c. 6.

la clemencia del Papa, enviándole embajadores plenipotenciarios. Reconocieron que su ciudad y territorio pertenecian á la Iglesia romana aun en lo temporal, convinieron en pagarla un censo ó tributo anual de

censo hácia Tarifa; mas entonces la guarnición de la plaza cayó impetuosamente sobre el centro de los de Africa, compuesto de tres mil caballos y ocho mil infantes, número acaso triple que el de los agresores. Desconcertados los infieles con este segundo inopinado ataque, desbandáronse unos hácia el mar, y otros hácia Algeciras, no sin dejar en el campo considerable número de muertos. A tal sazón pasó el rio Salado el rey Alfonso con los de su mesnada, metiéndose con ellos en un valle donde estaba el grueso de la morisma con Alboacen. Cargaron sobre ellos de tropel los africanos lanzando saetas, una de las cuales se clavó en el arzon de la silla del caballo del rey. «Feridos, exclamó entonces Alfonso alentando á los suyos; feridos, que yo soy el rey don Alfonso de Castiella et de Leon, ca el día de hoy veré yo quales son mis vasallos; et verán ellos quién soy yo.» Y espoleando á su caballo quiso meterse en lo mas recio de la pelea; pero le detuvo el arzobispo de Toledo Albornoz y casi con las mismas palabras que su antecesor don Rodrigo á Alfonso el Noble en la batalla de las Navas de Tolosa. Las palabras del rey inflamaron á los suyos, y como quiera que estos fuesen muy pocos, pero como todos eran caballeros y escuderos suyos, gente criada en su casa y á su merced, todos ácomos de buenos corazones et en quien habia vergüenza, cumplieron su deber como buenos, y á algunos por su especial arrojo los premió en el acto. Bajando al propio tiempo de aquellos recuestos y colinas los que habian tomado el pabellon del emir de África, matando y degollando cuantos encontraban, acabaron de desordenarse los marroquíes huyendo hácia Algeciras, persiguiéndolos el rey Alfonso con su gente, quedando el campo cubierto de cadáveres y pareciendo el rio Salado mas bien rio de sangre que de agua.—Simultáneamente por otro lado el rey de Portugal enviaba al de Granada, cuya resistencia habia sido mas floja, siendo el triunfo de los portugueses sobre los granadinos sino mas decisivo y completo, mas fácil todavía y mas breve. Los dos monarcas se juntaron persiguiendo á los fugitivos en las márgenes del Guadalquivir. ¿Quién puede saber (dice el Sr. Lafuente, de quien extractamos esta reseña) el número cierto de los musulmanes que perecieron en esta memorable batalla? Nuestros cronistas en su entusiasmo pátrio los hacen subir á doscientos mil, sin contar otra muchedumbre de prisioneros, y para que la similitud de la victoria del Salado con la de las Navas de Tolosa sea mas completa, suponen que de los cristianos murieron quince ó veinte y no mas. No hay nada imposible cuando se recurre y apela al milagro: mas como los mismos árabes confiesen su derrota, llamando día *infestado*, batalla *cruel* y matanza *memorable* la que sufrieron, y sea indudable que el número de musulmanes muertos y cautivos subió á una cifra prodigiosa, repetimos aqui lo que digimos de Covadonga, de Calatañazor y de las Navas, que harto prodigio fué el triunfo de tan pocos cristianos contra tantos infieles, y que si signos visibles hay de la especial protección con que la Provi-

ocho mil florines de oro, y dieron palabra de no admitir en ella á Luis de Baviera ni á ningun emperador, sin el permiso de la Santa Sede (1). Levantó Benedicto el en-

dencia favorece algunas causas y algunos pueblos, harto visibles señales de providencial favor eran estos triunfos sobre el islamismo con que de tiempo en tiempo favorecia á los españoles como en premio de su perseverancia, de su amor pátrio, de su confianza en Dios y de su constancia en la fé.»

Los vencidos reyes de Marruecos y de Granada llegaron juntos á Algeciras, donde solo se detuvieron algunos instantes; mas no contemplándose allí seguros, el africano pasó á Gibraltar, y de allí regresó Africa, y el granadino se embarcó para Marbella y de allí se trasladó á Granada, donde fué recibido en triste duelo. Por el contrario, los vencedores, reyes de Castilla y Portugal, luego que llegaron á Sevilla con sus ejércitos fueron recibidos en triunfo por el clero y pueblo entre las mas festivas aclamaciones, entre las que no tuvieron poco lugar las lágrimas de alegría y los cánticos de hacimiento de gracias al Dios de los ejércitos. El botin que traian los reyes era inmenso, y se puede en algun modo conjeturar la suma de la presa, de que en los reinos de España y Francia bajaron la plata y el oro la sexta parte del valor comercial que antes tenían. El monarca portugués regresó, acabadas las fiestas, lleno de gloria á sus Estados, acompañándole el castellano hasta Cazalla de la Sierra.

El caballero Juan Martinez de Leiva, que habia ido antes á la corte pontificia á implorar la indulgencia de la cruzada, fué de nuevo enviado á Aviñon con un rico presente para el Papa Benedicto. Llevábase el pendon Real que Alfonso tuvo en su mano durante la batalla, el mismo caballo que montaba en la accion adornado con riquísimos jaezes, otros veinte y cuatro caballos y veinte y cuatro banderas tomadas á los moros con número considerable de esclavos. Súpose esto antes que Leiva llegase, y salieron á recibirlo los cardenales con innumerable pueblo á dos leguas de Aviñon. Llegados ante Su Santidad, mostró Benedicto un extraordinario regocijo, bajó de su sólio, tomó en las manos el Real estandarte, y entonó entre lágrimas de alegría el himno: *Vexilla Regis procedunt*, persiguiéndolo los cardenales y todo el clero. El dia siguiente mandó el Pontífice dar gracias al Todopoderoso, hizo procesiones, concedió indulgencias, celebró la misa y predicó muy oportunamente comparando la batalla del Salado á las de David con los filisteos con mucha propiedad y gracia.—A esta gran victoria se siguieron otras de poca consideracion: en 1342 la escuadra combinada de Castilla y Portugal destruyó toda la armada marroquina: en 1344 despues de veinte meses de sitio y diferentes acciones, en las que siempre fueron arrollados los moros; se entregó al rey de Castilla la ciudad de Algeciras. La fama de estas victorias hinchó de alegría á toda España y á todos los cristianos de Europa, por quedar acabada la guerra de los moros, vencidos dos poderosos reyes, y quebrantadas de todo punto las fuerzas de África. El Papa Clemente VI celebró con grandes fiestas la toma de Algeciras, y erigió su iglesia en catedral como se lo habia pedido el rey. V. Ortiz, lib. 10 y 11; Rain. ad ann. 1344, num. 52; Lafuente, p. 2, l. 3.

(1) Rain. ann. 1340, num. 3.

tre dicho, restableció la Universidad, y dió la absolucion, teniendo además la condescendencia de nombrar gobernador de Bolonia por tres años á Tadeo Pópoli, que habia sido el gefe de sus conciudadanos en el tiempo de las turbulencias.

A consecuencia de esta prudente moderación redujéronse á la obediencia del Papa muchas ciudades de Lombardia que habian seguido el partido de Luis de Baviera y del antipapa, y en especial las de Como, Novara y Vercelli (1), y declararon que se sujetarian á sus órdenes, aun por lo tocante al castigo de los excesos cometidos contra él y la Iglesia romana: que no creian que el emperador pudiese deponer al Papa y establecer otro, antes bien tenían esta máxima por herética; prometian que nunca volverian á ser adictos á Luis de Baviera ni á ningun cismático, y pedian perdon por haber obedecido á este príncipe y á Mateo Visconti, y por haber recibido los nuncios de Pedro de Corbiere. A vista de tantas seguridades de un arrepentimiento sincero Benedicto los absolvió de las censuras.

Por último, la ciudad de Milan, que estaba sujeta á Juan Visconti, hijo de Mateo, rompió tambien todos los lazos que la unian al cisma. Poniéndose Juan de acuerdo con su hermano Luquin, obispo de Novara, que ya habia procurado la abjuración de esta ciudad, envió un comisionado al Pontífice para hacer la suya. A ejemplo de sus vecinos prometió no seguir nunca el partido de Luis de Baviera ni de ningun emperador á quien no reconociese el Pontífice, y pagar cincuenta mil florines de oro al Papa y á los cardenales para ocurrir á los daños y perjuicios causados por él ó por su familia á los legados y á los nuncios romanos. A propio tiempo convino en que el imperio

(1) Ughell. tom. 5, pag. 300; Rain. ann. 1344, num. 20.

estaba vacante, y declaró que correspondiendo al Papa su administracion en este caso, queria recibir de la Santa Sede el gobierno de Milan y de sus adyacencias. Concedióselo el Papa en efecto á los dos hermanos mientras viviesen, con la plenitud de la jurisdiccion temporal, como vicarios de la Iglesia romana en la vacante del imperio, y absolvió tambien al gobernador y á todos los ciudadanos, imponiéndoles en penitencia por lo pasado algunas fundaciones piadosas y limosnas anuales (1341).

De este modo iba saliendo bien todo á la virtud pacifica de Benedicto XII, cuando una enfermedad que padecia en las piernas, algun tiempo habia, le precipitó súbitamente en el sepulcro. Pretendiendo los médicos detener el humor que manaba en cantidad extraordinaria, ahogóse este el dia de San Marcos, 25 de abril de 1342. Así en vida como en muerte no recibieron de él sus parientes mas que ejemplos de modestia y de todas las virtudes cristianas. Pero la gran leccion que nos dejó, es, segun nos enseña toda la serie de su pontificado, que con la prudencia y la sencillez evangelica, sin valerse de las intrigas de las cortes, es posible guiar á los pueblos y á los príncipes por el camino de la salvacion, y agradarles, aunque se les contradiga cuando lo exige el cumplimiento de un deber. Afirman los historiadores contemporáneos que se hicieron curaciones milagrosas en su sepulcro; otros que escribieron después le dan el título de beato, fundados únicamente en la excelencia de sus virtudes, y no en un juicio ó decision de la Iglesia (1). Doce dias después de su muerte, esto es, el 7 de mayo, nombraron por sucesor suyo, con el nombre de Clemente VI, al cardenal Pedro Rogerio, aquel antiguo arzobispo de Sens

(1) Vit. t. 1, p. 212.

que con tanto aplauso habia defendido al clero contra Pedro de Cugnieres.

Siendo jóven habia tomado el hábito de benedictino en la abadía de la Silla de Dios en la Auvernia; pero aunque criado en la soledad como su predecesor, no habia conservado como él el amor de la sencillez. Acostumbrado después á vivir en la corte, donde habia sido canceller de Felipe de Valois, y con un genio afable, franco, condescendiente, y de unos cincuenta años cuando obtuvo el pontificado, gustó siempre de tener muy numeroso cortejo, y conservó toda su vida un aire de magnificencia, sostenida por sus liberalidades, y por una nobleza en el modo de pensar verdaderamente digna del trono, aunque menos propia quizá para el imperio espiritual de Cristo, en el cual compensó sin embargo estos defectos con tanta amabilidad y beneficencia que los hizo olvidar casi de todo punto. Este Pontífice tuvo por escelencia el don de hacerse amar de todos los que se acercaban á él.

Guiado de este buen genio nada anheló con mas ardor, después de dar parte de su eleccion á los príncipes cristianos, que restablecer la paz entre los de Francia é Inglaterra. Mas el encono de estos altivos y poderosos rivales no era de tal naturaleza que cediesen á las amonestaciones pacificas de los sacerdotes del Señor, puesto que no se peleaba por algunas posesiones particulares, sino por la corona de Felipe, cuyo título se habia arrogado Eduardo á instancias de un vil enredador flamenco y del emperador Luis de Baviera. Todo lo que los obispos de Palestrina y Frascati, enviados por el Papa, pudieron lograr fué una tregua de tres años, casi tan pronto violada como concluida. No estaba aun la Francia en el estado de humillacion á que llegó en el mismo reinado á causa de la funesta batalla de Creci; humillacion que todavia pudo parecer poco considerable en

comparacion de los males reservados al reinado siguiente.

Clemente VI no tardó en demostrar un grande afecto á su patria en el nombramiento que hizo de diez cardenales, entre ellos un hermano suyo, un sobrino, un primo y dos paisanos, esto es, lemosinos, en todo nueve franceses y un solo italiano; á saber, Andrés Malpighi, establecido mucho tiempo antes en Francia, donde fundó el colegio que se llama todavia en Paris de los lombardos. Algun tiempo después promovió Clemente á dos franceses al honor del cardenalato, y en este corto número no se olvidó de otro sobrino suyo, de cuya educacion habia cuidado él mismo y por quien manifestó todo el sacro colegio tomar tanto interés como el Pontífice. El modo con que se hizo esta promocion, y con que se espresó Clemente acerca de ella en el consistorio, pinta al natural la sencillez y la ingenuidad de este Pontífice. «Bien sabe Dios (decia en el dia del sábado) que el jueves por la mañana no me habia ocurrido siquiera la idea de hacer una promocion. Pero al anochecer se me entregaron de la reina de Francia unas cartas en que me estrechaba á que concediese el capelo que me habia pedido ya con muchas instancias para Pedro Bernard (1).» (Era sobrino del que habia secundado con tanto celo á Clemente, cuando no era mas que Pedro Rogerio, contra Pedro de Cugnieres). «Si yo hubiese previsto (añade) que habia de hacer una promocion, la hubiera hecho mas numerosa, y habria elegido algunos italianos.» Así se ve que él propio conocia los inconvenientes de la predileccion con que miraba á los franceses.

Enviáronle entretanto los romanos una embajada solemne, para rogarle que no permitiese que sus propios súbditos estuviesen

(1) Baluz. vit. pag. 869.

llorando por mas tiempo la ausencia de su Padre y de su Pastor. Los principales individuos de la diputacion, que constaba de diez y ocho personas de los diferentes órdenes de la república, eran Francisco Petrarca y Nicolás Rienzi, varones distinguidos por el talento de la persuasion, y por la energía y entusiasmo que tienen tanto poder para triunfar de la resistencia del ánimo como de la que oponen las armas. Arengaron al Papa los dos gefes de la diputacion, cada uno segun su genio: Rienzi en prosa, con un estilo vehemente y fogoso; Petrarca en versos tan fáciles como el lenguaje comun, con toda la amenidad y ternura que debian caracterizar al padre de la poesia italiana. Su mayor empeño fué representarle la iglesia romana como una esposa que le parecia digna de ser amada antes de unirse con él, y que no podria menos de desfallecer entregada á la confusion, si después del vinculo recíproco é indisoluble con que estaban unidos, se mostraba convertida en fastidio y en indiferencia su inclinacion hacia ella (1). El Papa trató á los embajadores con su afabilidad acostumbrada, pero sin condescender con los deseos del pueblo romano. Lo único que pudieron lograr, entre los varios objetos á que era estensivo su encargo, fué la reduccion del jubileo secular ó de cien años, á la mitad, es decir, á cincuenta años, en atencion al corto número de personas que podian alcanzar el año centésimo (1343).

Petrarca con sus compañeros volvió poco satisfecho á Italia, cuya residencia habia preferido á la de Francia algunos años antes, cuando ofreciéndole Roma y Paris en un mismo dia la corona poética, quiso mas bien ir á recibirla en el antiguo pais de Horacio y de Virgilio, que entre los nuevos émulos de las musas antiguas. No concedió

(1) Lib. 1, ep. 5.